



Disney

LA SIRENITA

LA
NOVELA

**¡Incluye
fotografías
de la
película!**

Planeta
Junior

Disney
LA SIRENITA

Adaptada por FAITH NOELLE
Guion de DAVID MAGEE
Basada en *La Sirenita*, de Disney

Planeta
Junior



Prólogo

El mar está lleno de una infinidad de bestias salvajes y peligrosas, pero las más despiadadas de todas son las sirenas. Al menos eso dicen los rumores. Cuando los marineros a bordo de un barco mercante perciben una sombra bajo la superficie del agua, un solo pensamiento cruza su mente: «¿Acaso será una sirena?».

Entonces estalla una oleada de actividad en cubierta, y la tripulación está cada vez más emocionada por la posibilidad de capturar a una criatura que nadie ha podido atrapar antes. Mulligan, un marinero que se ha vuelto muy rudo tras años de navegar, dirige al resto de la tripulación.

—¡Más arpones! —grita—. ¡Preparen las redes, hombres! —Varios marineros se amontonan en la barandilla del barco, con la esperanza de ver a la sirena. Entonces, arrojan una lanza de púas al agua, y casi le dan a la criatura.

Mientras tanto, Eric se encuentra en lo alto del aparejo; luce más como un marinero promedio que como un príncipe. Siempre se ha sentido más a gusto en el mar que en tierra firme. Aquí puede ser libre de las restricciones y expectativas de la vida de la realeza. Está perdido en su propio mundo mientras enrolla las velas para prepararse para el mal tiempo. La conmoción de abajo aumenta.

—¡Yo digo que la matemos antes de que pueda subir a bordo! —exclama Hawkins, un viejo marinero de cubierta. Los demás concuerdan y gritan mientras preparan sus armas y redes. ¡Quién sabe lo que podría hacer una sirena viva!

Eric se detiene al escuchar el comentario de Hawkins, seguido por el chapoteo de un arma que golpea el agua. Mira hacia abajo justo cuando lanzan otro arpón, el cual vuelve a fallar.

—¡Ah, esta es bastante rápida! —dice Mulligan, y señala los arpones—. ¡Pásenme otro!

Horrorizado, Eric baja del aparejo con una cuerda y se abre paso entre la multitud.

—¡Muévanse! ¡Retrocedan! ¿Qué están haciendo? —Eric toma del brazo a Mulligan un ins-

tante antes de que el marinero arroje otra arma al mar.

—¡Es una sirena, señor! —dice Mulligan, con gran fervor en su voz.

«¿En serio?». Eric gruñe para sus adentros.

—¿Una sirena? ¡Abran bien los ojos!

El príncipe señala el agua mientras la criatura marina rompe con majestuosidad la superficie de esta. Es un delfín, que da una pequeña voltereta antes de alejarse nadando. Todos los marineros se quedan callados.

—¿Qué estaban pensando? —Eric cruza los brazos y contempla a la tripulación con una mirada de decepción.

Es evidente que Mulligan no sabe si responder de manera descarada o avergonzada.

—Bueno, estas son aguas peligrosas.

—Y estos son tiempos peligrosos —añade Hawkins—. Esta noche hay Luna de Coral. —Se abre paso hacia Eric mientras el príncipe empieza a enrollar las cuerdas amarradas a los arpones. Hawkins baja la voz antes de seguir hablando—. Dicen que es el momento cuando el rey del mar reúne a sus hijas sirenas para atraer a los hombres a morir.

—Así que eso es lo que dicen, ¿eh? —Eric frunce el ceño, mientras recuerda las historias de su madre sobre las crueles y peligrosas sirenas. Incluso cuando era niño, la idea le parecía algo inverosímil.

—Sí —exclama Hawkins, alzando la voz de nuevo—. El canto de las sirenas es tan dulce y puro que ni siquiera los hombres más fuertes pueden resistir su hechizo.

—Solo son viejas leyendas —responde Eric. «Y bastante tontas», piensa. Se agarra de la barandilla mientras una ráfaga de viento hace que el barco se tambalee—. Bueno, ¡de vuelta al trabajo todo el mundo!

Los hombres empiezan a dispersarse, pero Hawkins sigue irritado, y mientras Eric comienza a alejarse, él lo sigue por el barco, convencido de que aquellos movimientos inestables son prueba suficiente de la existencia del perverso rey del mar. Y, desde luego, de las sirenas. Cuando el barco vuelve a balancearse, Hawkins se tambalea.

—¿Lo ve? —le dice Hawkins a Eric mientras intenta recuperar el equilibrio.

—Solo es una ráfaga de viento de costado, eso es todo. —Eric se detiene para ayudar a un miembro de la tripulación a atar unas redes sueltas.

Hawkins se burla.

—El rey del mar nos hundiría si pudiera.

Eric se percata de una cebadera que, a causa del viento, quedó enredada en el bauprés. Se dirige hacia ella cuando, de pronto, Hawkins lo sujeta del brazo.

—Dicen que las sirenas son criaturas desalmadas, y que no tienen lágrimas. —Hawkins señala su propio ojo para enfatizar.

—Bueno —dice Eric, liberando su brazo del agarre de Hawkins—, supongo que deben sentir todo con mucha más intensidad.

Y habiendo dicho eso, se aleja, y deja a Hawkins murmurando algo entre dientes. En realidad Eric no está seguro de creer en sirenas y en todas esas criaturas mitológicas. Pero, si en verdad existen, le cuesta trabajo creer que sean esos seres tan horripilantes que los marineros describieron. Si bien su madre las describía como criaturas crueles y despiadadas en sus historias, también mencionaba tradiciones, celebraciones y familias. En todo caso, las sirenas probablemente sean seres incomprensidos. De cualquier modo, no es momento de estar desperdiciando armamento para dispararles a delfines. Están por adentrarse en aguas peligrosas y tienen que estar preparados. Eric salta sobre el estrecho bauprés del barco para liberar la cuerda de la vela. Casi pierde el equilibrio cuando el barco se sacude otra vez, pero logra recuperarlo.

—¡Eric! ¿Qué estás haciendo ahí? ¡Baja de inmediato!

El joven príncipe mira hacia abajo y sonríe al ver a Sir Grimsby, el primer ministro y su mentor. Fuera de que se ve un poco verde, Eric está muy acostumbrado a la expresión de preocupación y exasperación en su rostro.

—Deberías dejar de preocuparte tanto por mí, Grimsby —le grita Eric.

Grimsby alza una ceja en desaprobación por el tono tan despreocupado del príncipe.

—Tal vez te parezca egoísta, pero no quiero tener que decirle a la reina que su hijo se cayó por la borda mientras yo lo vigilaba... y justo el día de tu cumpleaños.

Algo en la distancia llama la atención de Eric antes de que pueda responder, y una gran emoción lo invade.

—¡Mira! Parece que hay un barco que se dirige a tierra firme. Podríamos seguirlo hasta el puerto para ver qué ha traído para comerciar. —El príncipe salta a cubierta y se abre paso hasta donde está Grimsby; luego toma el catalejo que este tiene en la mano y lo levanta.

—¡Nuestro barco ya está repleto de por sí! —argumenta Grimsby—. Y llevamos siete semanas arriesgando nuestras vidas aquí afuera. Volveremos a casa... ¡esta noche!

Pero Eric no le presta atención a lo que dice Grimsby. Está ocupado imaginando todas las cosas maravillosas que puede aprender y explorar. Todo un mundo por descubrir. Tal vez siete semanas sean demasiado para Grimsby, pero Eric podría pasar su vida entera en el mar sin cansarse de él. Se apoya en la barandilla para ver mejor. Grimsby, que no está impresionado, le arrebató el catalejo.

—¡Eric, por favor! Presta atención —lo reprende—. Necesito que seas más cuidadoso. ¡Aaah! —Una gran ola vuelve a sacudir el barco; Grimsby pierde el equilibrio, por lo que el catalejo se resbala de sus manos y cae por la borda.

El artefacto se hunde bajo la superficie hasta desaparecer por completo. Eric suspira, y piensa que al menos ahora las sirenas podrán disfrutar de él.